

mientras pasan las religiones y los sistemas de filosofía».

—¿Por qué es usted bueno?—preguntó una tarde el cronista a Kropotkin.

—Porque como soy un animal me es natural la simpatía—contestó el príncipe.

Kropotkin ha escrito un libro, *Ayuda mútua*, en que ha demostrado, corrigiendo a los darwinistas, que el factor más valioso de la evolución y progreso de los animales y de los hombres no es la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos, sino su ayuda y auxilio mútuos. Aunque Kropotkin no llega a decirlo expresamente, de su credo podría inferirse que para él lo bueno es siempre el pueblo, mientras son los intelectuales los que le engañan estableciendo el mal en forma de leyes, autoridad y propiedad individual. Tal es la tesis que sostiene en su historia de *La Revolución francesa*. Los campesinos hicieron lo que allí se hizo de bueno: derrocar el antiguo régimen; los intelectuales, en cambio, entronizaron a la burguesía.

Casi podría formularse *grosso modo* la antítesis de Bernard Shaw y Kropotkin, que es la del anarquismo y el socialismo, diciendo que para Shaw la Naturaleza es guerra y maldad y la razón armonía y bondad; mientras Kropotkin dice que lo bueno es lo natural y lo malo lo artificial.

Lo probable es que los dos tengan razón y que la verdad se halle en la suma de sus juicios. Porque la Naturaleza es también cooperación y armonía, además de guerra e injusticia. No hay incompatibilidad entre los conceptos de cooperación y de guerra. Un ejército en campaña, ¿no es acaso un ejemplo patente de cooperación y guerra al mismo tiempo? Y la razón, al menos nuestra razón humana, que es armonía y comprensión, ¿no es también disputa eterna de doctrinas y tipos de cultura?

La verdad es que buscamos al Dios escondido en los dos mundos de la naturaleza y de la razón, que son, a

la vez, mundos de paz y de guerra, de cooperación y de competencia. El factor más valioso del progreso no ha de ser el de la paz ni el de la guerra aislado, sino la armonía de los contrarios.

El sistema de Kropotkin no prevalecerá porque es parcial, pero esta parcialidad misma lo hace indispensable como correctivo de la parcialidad de sus contrarios. Frente a los socialistas de Estado, que tratan de resolver los conflictos humanos con solo tablas estadísticas, Kropotkin proclama la existencia de la simpatía, y los hechos le dan la razón con las «huelgas de simpatía». Frente a los que profetizan la concentración de industrias, muestra Kropotkin en *Campesinos, Fábricas y Talleres*, la posibilidad de que resurja la pequeña industria y la necesidad de los pequeños hortelanos de cultivo intensivo; también los hechos le dan la razón. Frente a los socialistas meramente autoritarios, Kropotkin se apoya en el poderoso movimiento cooperacionista. Frente al Estatismo rígido, ¿no ha surgido el sindicalismo para hacer buenas las teorías de Kropotkin?

También Kropotkin tenía su parte de razón. Esto es lo que empezamos a ver ahora, después de veinte años de socialismo intelectualista. Esa parte de razón, depurada, criticada, despojada de su unilateralidad, se recogerá en nuevos sistemas, más completos y armónicos, que no han de tardar en comenzar a elaborarse.

Pero acaso la mayor razón de Kropotkin no esté en su contribución a la ciencia, ni acaso en su vida de revolucionario, sino en habernos dado en *La Conquista del Pan* la más vibrante de las utopías modernas. Es la descripción de una comunidad del Buen Acuerdo, en que cada uno trabaja según sus fuerzas y es recompensado con arreglo a sus necesidades, en que el trabajo y la recompensa se regulan espontáneamente, sin pleitos y sin coacción, conforme a las palabras de Ovidio: *vindice nullo, sponte suo, lege fidem rectumque colebar.*